

inducción. En todo el capítulo XXIV, que es donde se cuenta este viaje en busca de Rebeca para Isaac, solo se dice, hablando del mandadero, *el hombre, el criado*, nunca tal ó cual por su nombre propio. Pero antes del nacimiento de Isaac, quejándose Abraham de no tener hijo que le heredara, exclama dirigiéndose á Jehová, que le llama y le promete: «¿Qué me has de dar, siendo así que ando sin hijo, y el mayordomo de mi casa es ese damasceno Eliezer?»—Poco monta, es cierto, que se llamara de ésta ó de otra manera; pero bueno es advertir que en los años transcurridos entre la queja de Abraham por no tener hijo y el viaje de un criado para buscarle á éste mujer, cuando era ya de cuarenta años, bien pudo cambiar Abraham de mayordomo, y colgarle al damasceno Eliezer una historia en que no tuviese arte ni parte. Y apunto esto de propósito, para que se vea que en la *Biblia*, aún lo más bello, se ha llenado de impropiedades por los comentaristas.

\*  
\* \*

Rebeca resulta estéril, como Sara, cuya tienda fué á ocupar. Oró Isaac á Jehová, y Rebeca concibió. Siempre Jehová interviniendo en estos negocios.

Y dice el texto:

«Y los hijos se combatían dentro de ella; y dijo: «Si así había de ser, ¿para qué vivo yo?» Y fué á consultar á Jehová.»

¡Cuánta luz da una sola palabra! Rebeca fué sobre su mal embarazo á consultar á Jehová. Y Jehová la respondió:

Jehová, en consecuencia, en tiempo de Rebeca, era un Dios privativo de la familia de Abraham, que indudablemente tenía un sacerdote á quien se consultaba, y en nombre de Dios respondería. Este Dios era uno de tantos Dioses de la antigüedad, que respondían á las consultas que se les

hacían con palabras de vago sentido, que cada cual explicaba como mejor le parecía. Su sacerdote respondón, *mutans mutandi*, sería, varón ó hembra, cosa parecida á las sibilas y á los oráculos de Roma y Grecia, que hoy andan transformadas en echadoras de la buena ventura por dos perros chicos en tiempo de poco quehacer.

Da á luz Rebeca dos mellizos. Esaú, el mayor, es el padre de los idumeos. Jacob, menor, porque nació después, es el famoso Israel, padre de los doce fundadores de las tribus. Este embarazo es una figura para explicar el parentesco y la rivalidad de ambos linajes y sus respectivos caracteres.

Los idumeos eran fuertes, robustos, valerosos, cazadores, guerreros, abandonados, perezosos. Esaú resume en el *Génesis* estos caracteres. Es velludo, forzado y hombre de arco y flechas. Se le da un camino de su derecho de primogenitura, que vende á su hermano por un plato de lentejas un día que tenía hambre, seguro de que éste no había de disputársele con las armas en la mano.

Jacob parece el retrato de los israelitas como nación. Es astuto y constante. Su ambición no tiene límites; escala el cielo, y sondea sus misterios; recorre la tierra y se alza con sus mejores riquezas; combate la fortuna de su nacimiento, haciéndose el favorito de su madre, que le adora; combate la deslealtad de su suegro con su constancia y su ingenio; vence la fuerza de su hermano con su humildad y sus regalos: todo se le opone y todo parece confabularse en contra suya, pero todo cede á su superior inteligencia y á su política, patentizando que en el mundo siempre será la mejor parte la de aquel que cultive la fuerza del espíritu con preferencia á las fuerzas corporales.

\*  
\* \*

La primera hazaña de Jacob es un engaño de

mal género. Existía en la antigüedad el odioso privilegio de la primogenitura. En virtud de este derecho, hemos visto á Isaac, considerado por su padre como primogénito, alzarse con la hacienda y con el Dios Jehová de Abraham.

Isaac, ciego por la vejez, llama á Esaú para instituirle heredero y darle como tal su bendición. Mas Rebeca, que prefería á Jacob, excita á éste á que engañe á su padre, presentándose forrado en pieles y disimulando la voz, á recibir la bendición de Isaac. Hácelo así; el viejo no reconoce el engaño hasta la llegada de Esaú, que, fiero é iracundo, amenaza de muerte á su hermano.

La moralidad de esta historia búsquela el lector, que yo no acierto á encontrarla. Veo que la primogenitura es odiosa; pero el engaño no le tengo por menos odioso, y hallo justa la exclamación de Esaú: «¡Bien te llamaron Jacob, pues ya me has engañado dos veces!» Si el padre de los judíos comenzó por un engaño, ¿qué extraño hallar tantos en la historia de este pueblo?

\*  
\*\*

Ante la amenaza de Esaú, Jacob cobra miedo y huye, por consejo de su madre, á tierra de Haran, donde vivía Laban, su tío. Un consejo le da Isaac al partir: quo no tome para mujer una cananea; consejo que traspira el odio inextinguible del patriarca á los poseedores de la tierra en que se veía peregrino y extraño.

Al huir, Jacob, durmiendo en el campo, teniendo por cabecera una dura piedra, tuvo la hermosa visión de la escala por donde bajaban y subían desde él á Jehová los ángeles. Respetemos las visiones de un desgraciado caminante tan mal alojado. Su noble ambición de verse un día poseedor de la tierra que le arrojaba de su seno, padre de muchas gentes, jefe venerado de un pueblo inteligente y piadoso, es digna de alabanza y admiración, y en tal concepto, que vie-

ra ó no viera la escala y los ángeles, que Jehová le dijese esto ó lo otro, significa bien poco.

\*  
\*\*

Llegó Jacob á Haran, y antes de ver á su tío, sabe con su maña hacerse simpático á los pastores y á la más hermosa de las hijas del nieto de Abraham. La hermosa Raquel sirve de heraldo para con su padre de la llegada del primo, que tan pronto como la ve, la besa. Jacob se hace agradable á Laban, que le recibe en su casa y le encarga de sus rebaños.

Bien se conoce que Laban y Jacob son cuña de la misma madera. Contrata el peregrino servirle siete años por su hija Raquel. El viejo acepta; el mozo cumple; espira el plazo y pide su mujer. Laban se corre, y hace un magnífico banquete. Pero pasa la noche protectora del amor; viene la luz del día, y ¡oh desencanto! en vez de los hermosos ojos de Raquel halla Jacob en su lecho los ribeteados y pitarrosos ojos de Lia. Reconviene el sobrino engañador de Esaú al tío que le había engañado; pero éste se disculpa con la costumbre de no casar las hijas sino por correlativas edades.

Guárdase muy bien Jacob de echarlo todo á barato. Sufre y calla, y por amor de Raquel sirve otros siete años á Laban. Se acomoda al tiempo y á las circunstancias, que es el gran arte de la vida, y su paciencia y su laboriosidad le hacen dueño de la amada de su corazón.

\*  
\*\*

Pero los patriarcas tenían un corazón muy grande para el amor. Jacob podría amar á Raquel, mas esto no le impedía cultivar el trato de Lia y de las siervas de sus mujeres.

Raquel era estéril: y van tres. Sara, Rebeca, Raquel, padecen la misma enfermedad; pero Jehová interviene, y á la postre se hacen fecundas.

De Lia tuvo Jacob los siguientes hijos: Ruben, el primogénito, Simeon, Leví, Judá, Isachar y Zabulon, que son seis. De Raquel dos, José y Benjamín. De Zilpa, sierva de Lia, dos, que fueron Gad y Aser. De Bilha, sierva de Raquel, otros dos, Dan y Neftalí. Total: doce hijos, que son las doce cabezas de las tribus de Israel.

La generación de estos doce hijos en cuatro mujeres se cuenta en la *Biblia* con detalles muy poco decorosos. Las mujeres se disputan el lecho del patriarca, y hasta se compran su posesión en determinada noche, sirviendo de precio unas mandrágoras que ha recogido el hijo de una de ellas. Las siervas, por otra parte, son una especie de juguete en manos de sus señoras para satisfacer al marido.

Cualquiera se fija en que estos hermanos son primos, además, y en otros detalles que recomiendan muy poco esta lectura á la juventud, porque no creo que sea santo este modo de escribir, ni menos este modo de vivir que la Historia explica, pero que la honestidad rechaza totalmente.

## V

Hemos visto á Jacob, huyendo de la ira de su burlado hermano, llegar con las manos limpias y el estómago vacío á casa de Laban. Le hemos visto entrar humilde y meloso, y en catorce años casarse con sus dos primas, tomar por concubinas dos siervas de éstas y engendrar los doce fundadores de las tribus de Israel. Después de hacerse una familia, el peregrino procura hacerse un capital, y entrando en tratos y contratos con su tío, cumplidamente lo consigue. Apta-cienta los ganados del arameo y le pasan cosas singulares por obra y gracia de Jehová, que le muestra machos cabríos en actitudes irreverentes, de que hago gracia al lector honesto; así

como paso de largo sobre lo de las varitas de álamo con que conseguía hacer parir á las ovejas corderos blancos, negros ó listados, contentándome con recomendar este sencillo y económico procedimiento á los ganaderos españoles de las Batuecas ó Coria.

Con unas cosas y con otras, llega un día en que Jacob deja más limpio que la patena á su tío y suegro, cuyos hijos exclaman en el capítulo XXXI: «Jacob ha tomado todo lo que era de nuestro padre; ha adquirido toda esta grandeza.» El viejo, por su parte, al verse con todas sus tretas sobrepujado por su sobrino, le pone á éste la cara fosca, conociendo tarde que le daba ciento y raya en mundología patriarcal.

Aquella langosta que en figura de Jacob había caído en casa de Laban, conociendo que no había más que apanar, se dispone á huir, y reuniendo á sus mujeres, les dice que habiéndole engañado diez veces su tío no podía continuar más con él, y les pregunta si están dispuestas á seguirle á su tierra. Las hijas ¡es natural! dejan al padre por el marido, dando á éste la razón.

En todo esto aparece Jacob como el arquetipo de los millones de judíos, que, por miles de años esparcidos por todo el mundo, después de estrujar á los incautos, cuando éstos, al sentirse arrancar la última tira de pellejo, ponen el grito en el cielo, aún se llaman á engaño y les amenazan con los tribunales.

La moralidad de esta narración corre parejas con la del último prestamista holandés de la raza de Jacob.

\* \* \*

Dispuesta la huida, parte Jacob con todo lo suyo, que fué de Laban, despidiéndose de su suegro á la francesa. Laban sabe á los tres días la partida; le sigue y le alcanza. Hay dimes y diretes y el astuto Jacob consigue desviar la

cuestión de lo tuyo y lo mío, y calma á su suegro.

Lo que más había encolerizado al viejo arameo había sido el robo de sus dioses ó ídolos. ¡Hasta los ídolos se le llevaban! Los reclama con vehemencia, y como debían valer pocas pesetas, Jacob aprovecha la ocasión de mostrarse justo y generoso, contestándole que muera el raptor.

Sigue el registro, y los ídolos no parecen. ¿Cómo habían de parecer, si Raquel, la amada de Jacob, la bella hija de Laban, los tenía debajo de una albarda de camello en que se hallaba sentada? Al decirla su padre que se levante, responde esta insigne madre de dos tribus: «que le dispense su señor, que no puede levantarse delante de él, porque está con la costumbre de las mujeres». Mentira, robo y suciedad en una pieza.

Al no aparecer los ídolos, Jacob sube el tono, reprendre á Laban, á quien todo se lo debía, hasta los ídolos que Raquel robaba y el pobre viejo oye una agria exposición de agravios de labios de su sobrino. Tanta astucia é impudencia venen al viejo, se arregla con Jacob y levantan un majano en testimonio de paz y de alianza.

Verdaderamente todo este capítulo no tiene más que un breve comentario, y es que Dios nos libre á cada cual de un sobrino como Jacob.

\* \*

Como en los veinte años que había estado Jacob con Laban no le había salido del cuerpo el miedo que había cobrado á su velludo hermano Esaú, tan pronto como deja asegurada la espalda, comienza á recelar por el frente. ¿Cómo apacigua á Esaú? ¡Oh! ¡Bien le conocía el astuto Jacob!

Para desarmarle, y á los cuatrocientos hombres que con él traía, prepara un suntuoso regalo de doscientas cabras, veinte machos cabrios, doscientas ovejas, veinte carneros, treinta ca-

mellas paridas con sus hijos, cuarenta vacas, diez novillos, veinte asnas y diez borricos.

El que había vendido su primogenitura por un plato de lentejas, al ver las armas con que le combate su hermano, ríndese á borricos y camellas, se apacigua y recibe á su hermano con cariño, olvidando sus antiguas amenazas de muerte.

Y aquél misero Jacob, que pasó el Jordán huyendo, pobre y miserable, sin más muebles é inmuebles que su bordón de peregrino, le repasa ahora rico, casado, lleno de hijos y de ganados, feliz, en fin, á costa de Laban, aunque con un poco de miedo á Esaú. Establécese en Succoth y alza un altar, que consagró al Dios de Israel. ¿Pondría sobre el altar los ídolos robados por Raquel al desdichado Laban? ¿Sería en sus principios este Dios de Israel el vil tarugo que cubrió la albarda de un camello? Nada de esto ciertamente explica la *Biblia*. Como sería interesante que nos dijera claramente qué era el Dios de Israel, se lo calla, según es de rúbrica en este famoso libro.

\* \*

En cambio nos cuenta con todos sus detalles dos puercas historias en los capítulos XXXIV y XXXV.

¿Historias hemos dicho? Quédense en cuentos de color subido, como va á notar el lector curioso.

Cuenta, en efecto, que Jacob tenía una hija llamada Dina, que Lía *le había parido*, palabras del texto. La cual Dina, por la cuenta bíblica de que más adelante hablaremos, tendría once años cuando salió *á ver las hijas del país*. Quiso su poca fortuna que la viera un príncipe de aquella tierra, hijo de Hamor Heveo, el cual príncipe, sin andarse en melindres, «*tomóla y echóse con ella, y la deshonoró*».

Jacob sabe el amancillamiento de su hija, pero calla como un muerto, porque sus hijos estaban con los ganados en el campo. Cuando éstos vuelven y tienen noticia del maleficio, arden en saña, que les honra un poco más que el silencio á Jacob. Empero, como al mozo, hijo de Hamor, le habían cautivado las atropelladas gracias de Dina, habla al padre, y éste se acerca á Israel en demanda de Dina para esposa de su hijo. Un casamiento lo hubiera allanado todo y reparado la falta innegable del príncipe, sin la bárbara crueldad y la perfidia alevosa de los hijos de Jacob para con un hombre delincuente que del mejor modo posible trata de reparar su yerro.

Ofrece Sichen dote á Dina, paz á sus hermanos, alianza á sus gentes. Mas los hijos de Jacob le contestan que con esto no basta, sino que es preciso que se circunciden él y todos sus conciudadanos. Tanto puede el amor en Sichen, que accede, sometiéndose á una operación dolorosa.

Dejo la palabra al texto llamado santo. «Y sucedió que al tercero día, cuando sentían ellos (Hamor, su hijo Sichen, el forzador, y su pueblo á quien habían convencido de la debilidad de la alianza con los israelitas y ordenado circuncidarse) el mayor dolor, los dos hijos de Jacob, Simeón y Leví, hermanos de Dina, tomaron cada uno su espada y vinieron contra la ciudad animosamente, y mataron á todo varón.»

Jacob reprende á sus hijos; éstos replican con altivez. Su acción, sin embargo, no habrá hombre honrado que no la califique de vil. ¡He aquí lo que eran los hombres que adoraban al Dios de Israel, los elegidos, los fundadores de las tribus! ¡He aquí las lecciones de moral que nos ofrece la *Biblia*! ¡No se avergüenzan los católicos de tener este libro por santo, y á estos hombres por fundadores de su religión?

\* \* \*

En sus excursiones por la tierra de Canaan, Jacob sigue teniendo conversaciones con Jehová, que hasta se ocupa de darle el nuevo nombre de Israel, á quien con esta advocación levanta nuevos títulos, altares ó majanos. En una de estas excursiones, su hijo Ruben le jugó una trastada, que el viejo jamás olvidó, ni aun en la hora de la muerte. Y fué ésta.

Capítulo XXXVI, versículo XXII: «Y aconteció, morando Israel en aquella tierra, que fué Ruben y durmió con Bilha, la concubina de su padre; lo cual llegó á entender Israel.»

Corramos un velo sobre el padre, sobre el hijo y sobre la concubina de ambos.

¡Oh *Biblia*! Con toda tu respetabilidad y santidad, é inspiración del Espíritu Santo, no eres propia para ser leída por personas honestas.

## VI

En el capítulo XXXVI enumera el *Génesis* los descendientes de Esaú, mejor dicho, los caudillos de los idumeos, representados en la personalidad del abandonado y forzado hermano de Israel. Ningún valor histórico merece, ni aunque le mereciera, puede tener esta seca é indigesta serie de duques, relacionados solamente por las palabras *Fulano*, hijo de *Zutano*. Empero este capítulo es de oro, porque patentiza que el *Génesis* no pudo ser escrito por Moisés, sino que es obra del tiempo de la monarquía hebrea.

En efecto, el versículo XXXI dice textualmente: «y los reyes que reinaron en la tierra de Edom, antes que reinase rey sobre los hijos de Israel, fueron éstos.» Aquí no cabe eludir la cuestión con las interpretaciones sofisticas y tontas, que suelen emplear los teólogos. Antes que reinase rey sobre los hijos de Israel, demuestra, para todo el que no tenga el entendimiento al revés, que el autor del *Génesis* sabía que ha-

bia habido reyes en Israel, y por tanto, que es del tiempo de éstos ó posterior á éstos. De todos modos, Moisés, que murió sin entrar en Canaan, y siglos antes de establecerse la monarquía entre los hebreos, no podía hablar de ésta como de tiempo presente ó pasado. Todavía volveremos sobre esta nota, rastreando quien puede haber sido el autor del *Génesis*.

\* \*

Desde el capítulo XXXVII hasta el L en que termina el *Génesis* nos cuenta la famosísima historia de José y las consecuencias que la extraordinaria fortuna de este hijo de Raquel tuvo en los destinos del pueblo israelita.

Ingerido en esta novelesca narración, destruyendo toda idea de método en el autor, el capítulo XXXVIII se ocupa del patriarca Judá, relatando con cínico desenfado un monstruoso incesto de un hijo de Jacob, de cuyo producto hácese luego descender á Jesús.

Hable por mí la *Biblia*, que con esto me basta para mi objeto.

«Judá tomó mujer para su primogénito Er, la cual se llamaba Tamar, y Er, el primogénito de Judá, fué malo á los ojos de Jehová y quitóle Jehová la vida.»

«Entonces Judá dijo á Onan: entra á la mujer de tu hermano y despósate con ella, y suscita simiente á tu hermano. Y sabiendo Onan que la simiente no había de ser suya, sucedía que *cuan-do entraba á la mujer de su hermano vertía en tierra por no dar simiente á su hermano.*

«Y desagradó en ojos de Jehová lo que hacía, y también quitó á él la vida.»

«Y Judá dijo á Tamar, su nuera: Estate viuda en casa de tu padre hasta que crezca Sela, mi hijo (como se ve, con una sola hembra había para toda la familia); (estas palabras del paréntesis son mías, no de la *Biblia*, naturalmente);

porque dijo: «Que quizá no muera él también como sus hermanos. Y fuese Tamar y estúvose en casa de su padre.»

\* \*

Descanso un momento de tanto naturalismo y de tanto indecentismo, para poder continuar esta historieta de los abuelos del Salvador del mundo; porque el autor del *Génesis*, en lo que sigue, deja á un miriámetro de distancia, por lo menos, al por los católicos tan censurado, Zola, que en sus romances parisienses más atrevidos jamás á descornado la cortina con la energía que la descorre aquí el inspirado del Espíritu Santo.

Véase la clase, caballeros, como dicen los marchantes de á real y medio la pieza:

«Y pasaron muchos días... y Judá... subía á los trasquiladores de sus ovejas... Y fué dado aviso á Tamar, diciendo: He aquí tu suegro; sube á Timnath á trasquilar sus ovejas. Entonces ella quitó de sobre sí los vestidos de su viudez, y cubrióse con un velo, y arrebozóse y se puso á la puerta de las aguas que están junto al camino de Timnath.»

«Y violó Judá, y túvola por ramera, porque había ella cubierto su rostro.» (Por aquí ya vamos aprendiendo algo, y es que las palomitas campestres de *aquellos días* se tapaban la cara). «Y apartóse del camino hacia ella, y dijola: Ea, pues, ahora yo entraré á ti (el viejo era templado y no gastaba mucha conversación), porque no sabía que era su nuera, y ella dijo: ¿qué me has de dar si entrases á mí?»

El pobre y acalorado patriarca no debía andar muy abundante de dinero, porque contesta: «Yo te enviaré del ganado un cabrito de las cabras. Y ella dijo: házme de dar prenda hasta que lo envíes. Y entonces él dijo: ¿qué prenda te daré? Ella respondió: tu anillo, tu manto y tu bordón que tienes en tu mano.»

¡Valiente manto, valiente anillo y valiente bordón estarían los de Judá, cuando se los piden en prenda de un cabrito! Tasación por lo largo y en moneda corriente: tres pesetas.

Con toda su respetabilidad y con todas sus pretensiones de fundador de la más importante de las tribus, Judá, personaje histórico por esta fazaña, apretado por el gusto ó por la necesidad, «Se lo dió y entró á ella, la cual concibió de él.» Y basta de monstruosidades. El producto de esta aventura es Fares, tarabuelo de Jesucristo. Comentar este pecado nefando de Tamar, fuera inocente. El que no aparte con asco el libro por la crudeza del estilo, la insistencia en el detalle deshonesto y la recreación cínica en el regateo del precio, es que cree que, en vez de un libro santo é inspirado, tiene en sus manos uno de esos libritos infames que corren sin pie de imprenta entre los crapulosos gastados. ¡Y pensar que algunos teólogos, tenidos por sabios y honestos, han consumido sus vigiliass en anotar estos versículos para salvar la dignidad de Judá y la virtud de su nuera! ¡Es el colmo de la aberración, á que sólo puede conducir el colmo de la estupidez humana, queriendo vincular en un pueblo, y dentro de este pueblo á una tribu, y dentro de esa tribu á una familia, el nacimiento de Dios hecho hombre! Pero tan torpes y tan indecorosos han sido los zurcidores de esta patraña, que han amontonado sobre esa desdichada criatura de su imaginación exaltada, todas las más depravadas acciones que pueden hacer distinguida á una familia en sus diversas generaciones. Tamar, prostituyéndose á su suegro, no es la peor de las abuelas de José, esposo de María, como tendremos ocasión de notar, si continuamos en humor de seguir anotando la *Biblia Santa*, madre del *Santo Evangelio*.

## VII

Vamos á la historia de José, que por sí sola basta para demostrar que el *Génesis*, á pesar de estar amparado con el nombre ilustre de Moisés y la autoridad de la Iglesia católica; á pesar de su vetustez y respetabilidad, no es otra cosa que una leyenda descabellada, forjada por un pueblo inculto, exagerado y fantaseador.

José era hermano de Benjamín, y ambos, como hijos de Raquel, la amada de Jacob y los más pequeños de la familia, los más caros al viejo Israel, que de varios de los otros diez tenía graves resentimientos: de Rubén, por haberle salteado á Bilha; de Simeon y de Leví, por la venganza que tomaron del estupro de Dina.

Miraban de reajo los diez mayores á José, cuando una distinción que á éste hizo Jacob, exacerbó sus ánimos hasta la feracidad. Hizole el viejo patriarca á su favorito un *vestido de varios colores*, que por esto suponemos sería un traje de arlequín, y tal envidia provocó esta ropilla en los otros hijos de Jacob que determinaron jugarle una mala pasada.

El favorito, además de un soplón era un soñador, y cierto día tuvo la candidez de manifestar á sus hermanos que había visto en sueños cómo, estando todos juntos atando manojos en el campo, el manojo suyo se erguía, en tanto que los de sus hermanos se abatían en su derredor.

Los ya picados hermanos, oído ésto, increparonle de necio y presumido. Y habiendo esta disputa colmado su paciencia, concertaron matarle, determinación que fortificó en su corazón malvado otro sueño de José, en que decía haber visto que el sol, la luna y once estrellas se inclinaban delante de él. Si tenía callos este mancebo, no once, once mil estrellas pudo ver.

Así las cosas, los hermanos, envidiosos de las

preferencias é irritados con las visiones en que tan humildísimo papel representaban, el viejo patriarca tuvo el mal acuerdo de enviar al mozo á ver á sus hermanos al campo.

Al divisarle éstos, se prepararon á darle muerte, y así lo hubieran hecho si Ruben, abogando en favor del hijo de Raquel, no les hubiera aconsejado echarle á un pozo seco, con intención de salvarle más tarde. Judá, sin duda, avaro, inventó venderle por esclavo para sacar algún provecho. Pasaban acaso por Dothan unos mercaderes ismaelitas y les cedieron á su hermano por veinte pesos de plata. Estos mercaderes le conducen á Egipto y le venden á un Putifar, eunuco de Faraón y capitán de la guardia de éste.

Los hijos de Jacob, después de repartirse el dinero, precio de su infamia, cometen otra engañando á su padre, á quien presentan la famosa ropilla de arlequín de José, tinta en sangre de cabrito, persuadiéndole á que alguna fiera había destrozado á su favorito el soñador.

\* \*

Todo en esta primera parte de esta historia es increíble. Ismael, hijo de Abraham, de quien era nieto Jacob, no puede en dos generaciones constituir un pueblo tan numeroso, que ya de su seno salgan compañías de mercaderes, que hacen el comercio de esclavos con Egipto, á la par que el de aromas, bálsamo y mirra. No es concebible tampoco que diez individuos tan buenas piezas como los hijos de Jacob, guarden religiosamente el secreto de lo que habian hecho con su hermano, y que, ante el dolor de su padre, Ruben, para desagraviarle de lo de Bilha, no le descubriera una verdad tan dulce al viejo como que su favorito vivía, aunque esclavo en lejanas tierras, verdad que en tan buen lugar á él le ponía. No se acomoda bien con la lógica, que José, viendo en sueños cosas que á la larga pudieran intere-

sarle, visiones que le acreditan de *profeta* en el sentido bíblico, no viese en los reproches y las caras de sus hermanos la ira y la envidia que sus petulancias les producían. Pero dejemos estas nimiedades y prosigamos con esta novelesca narración, que cuanto más avanza, más descubre su grosera urdimbre.

\* \*

Putifar, célebre por un conato de minotaurización de su mujer, se convierte, sin saberlo, en instrumento de Jehová, que había resuelto proteger á José, y nombra á éste mayordomo de su casa. Y aquí viene una de esas historietas coloradas á que tan aficionada se muestra la *Santa Biblia*, que si á esto sólo se atendiera, podría pasar por un libro erótico.

Todo iba viento en popa para José en casa del eunuco (palabra textual), capitán de la guardia del Faraón. Mas este eunuco tenía una mujer. ¡Eunuco con mujer! ¿Para qué la querría? ¿Puede darse mayor inutilidad, lujo más irrisorio?

Digo (mal dicho, no digo yo, sino la *Biblia*, que el eunuco Putifar tenía una mujer, la cual, desde que vió á José, que era buen mozo, le dirigió la puntería. Miradas, sonrisas, citas é invitaciones tentadoras, tan delicadas como el *duerme conmigo* del versículo 7, empleó la mujer inútilmente. Ardiendo en su adúltera pasión, un día se queda solita en casa, llega José, y vuelve á la carga. Nada tampoco consigue: el soñador hebreo era de estuco. Trata ella de persuadirle; mas José, hagámosle este merecido honor á esta leyenda, la argumenta como un caballero de la Edad Media, ó como argumentó D. Quijote á la hija del ventero cuando el moliemento de los yangüeses y las bizmas que exigió le trajeron el amoroso desvelo que le valió la patadura del arriero.

Viendo que las palabras eran inútiles, la mu-



jer de Putifar apela á las obras, y agarra á José. Este, en aquel fiero trance, recurre á las piernas, y huye, dejando la capa en manos de la suripanta egipcia, tan necesitada de afrodisiacos, que me inclino á creer haya algo de verdad en el calificativo de eunuco con que el *Génesis* designa á su marido.

Empero, la escena subsiguiente rechaza esta posibilidad. Sobreviene Putifar; su mujer, que es una perla, le enseña la capa de José y le dice que aprovechando la ocasión, ha pretendido violarla. De ser eunuco Putifar, esta jugarreta de su mayordomo debiera haberle hecho gracia; pero no es así, de donde, y del versículo 9, deduzco debía ser un marido en toda regla, pues monta en cólera, se enciende en furor, echa mano á José, y le planta de patitas en la cárcel.

\* \*

En ella se hubiera podrido el casto mozo sin la gracia de Jehová y su arte de intérprete de sueños, oficio lucrativo, aunque expuesto en la antigüedad, como el de matutero en nuestros días. Además, que José debía tener ángel, como dicen los andaluces, pues á todo el mundo, menos á sus hermanos, les caía en gracia.

Tanta alcanzó con el alcaide (llamémosle así) de la cárcel de Egipto (¿de qué ciudad?) que éste se tumba á la bartola, no parece por las salas, y le confía los presos.

Trajeron sus desventuras á aquella prisión dos personajes: el copero y panadero del rey de Egipto, los cuales dan en la flor de soñar, y sueñan cada cual su sueño en la misma noche. No había quien estos sueños, en sí ridículos y tonotos, les declarase: José les interroga, les oye, y después les dice, al panadero que será ahorcado, y al copero que será repuesto en su destino.

Ahorcan, en efecto, al desdichado panadero, y el copero vuelve á la gracia de su señor. Al des-

pedirse de José, éste le suplica que se acuerde de él en sus prosperidades y que le recomiende á Faraón. De lo que menos después se acuerda el copero es de aquel mozalbete, que sigue esperando la fortuna entre las cuatro paredes del calabozo, á donde le condujo su castidad inverosímil.

\* \*

Mas como en la *Biblia* todos sueñan, como que ella entera es sueño, la mismísima persona del Faraón sueña también un sueño deslavado y bobo.

Sueña que siete vacas gordas salen del Nilo y se ponen á pacer, y que detrás de ellas salen del mismo río otras siete vacas flacas, que se comen á las primeras. Despierta; dá unas cuantas vueltas en la cama, y se vuelve á dormir. En esta segunda parte del sueño ve que de una caña de trigo brotan siete espigas gordas y hermosas, y que de ellas salían después otras siete espigas menudas y vanas, que se comían á las anteriores.

Faraón, turbado por este sueño majadero, convoca á todos los magos de Egipto para que se le interpreten. Estos señores magos se quedan tamañitos ante esta visión del déspota, sin acertar ninguno con su oculto y misterioso significado.

Entonces el copero, aquel famoso copero rehabilitado, recuerda que en la cárcel había conocido á un hebreo, descifrador de sueños, y se lo dice al Faraón. Este le manda llamar á escape; pero hallan al pobre en tan triste estado, que antes de presentarse al rey tienen que cortarle el pelo y vestirle de limpio.

En todos tiempos los adivinadores, sea por sueños, sea por cartas, desde la invención de la baraja, han tenido por indeclinable costumbre comenzar por una invocación religiosa la serie de dislates rebozados en palabras misteriosas y

vagas que constituyen sus respuestas. Y así como hoy comienzan nuestras gitanas con el invariable estribillo de «En el nombre de Dios y de María Santísima, que donde no está el nombre de Dios no hay cosa buena.» José, á la proposición de Faraón de declararle su sueño, responde: «No está en mí; Dios será el que responda; paz á Faraón.»

Tras lo cual le dice en plata que vendrán siete años de abundancia en Egipto, á los que seguirán otros siete de hambre espantosa, aconsejándole que como rey prudente acapare mantenimientos en el período de abundancia para resistir el de escasez. Recomiéndale, por último, que elija un varón sabio que se encargue con diligencia de la administración de Egipto, y Faraón pasmado de la recámara que tenía su sueño, le dice que nadie como él para el caso, y cátafe á José pasando desde la cárcel á la superintendencia de la Hacienda egipcia, cuando apenas frisaba en los treinta años.

Vienen, dice el *Génesis*, los siete años de abundancia; en ellos, José acapara el trigo. La *Biblia*, con la exageración gitanesca que le es propia, cuenta que *como arena de mar, hasta no poderse contar, porque no tenía número*, modo de hablar más propio de Manolito Gázquez que del Espíritu Santo.

Se vuelven las tornas; llega el predicho tiempo de la escasez, y en él todo el mundo acude al descifrador de sueños en busca de socorro.

—¿Queréis trigo?—dice el hebreo. Daca el dinero, daca el ganado, y por fin, daca las tierras. Y dinero, ganados, tierras, pasan á manos de Faraón, por obra y gracia de su primer ministro.

Esta explicación del poder absoluto de los Faraones, del quinto regío que en Egipto estaba establecido, de la exclusión en este tributo de las tierras del poderoso sacerdocio egipcio, es totalmente falsa. En la historia de Egipto, con tanto

trabajo recompuesta, no se habla una palabra de estos siete años de abundancia y de escasez, que sin duda hubieran quedado indeleblemente grabados en la memoria del pueblo. El autor del *Génesis* recoge aquí un cuento inventado para explicar los pobres israelitas el poderío de los Faraones, mezclándose en el asunto ellos mismos, mediante José.

Perdonemos á estos desdichados, por tantos años siervos en Egipto, la inocente vanidad de haber dado á este gran pueblo el fundador de sus instituciones fundamentales en Hacienda.

## VIII

Si la historia de José no fuera un cuento mal urdido, indudablemente nos diría que tan pronto como, merced á sus *adivanzas*, se vió en candelero, quiero decir, en la superintendencia de la Hacienda faraónica, casado con la hija de un sacerdote, de un llamado Potiferat, y rico, y poderoso, acordándose de aquel pobre viejo Israel, que tanto le amaba y vivía allá en Canaan llorando su muerte ó su ausencia, le faltó tiempo para enviar un emisario que le buscara y le trajera á Egipto á compartir sus riquezas y deleitarse en su poderío.

Pero no cabía tanta lógica en los forjadores de historias bíblicas. Pintan el tipo del buen hijo en José; pero este *buen hijo*, el niño mimado de Jacob, de lo que menos se acuerda es de averiguar cómo lo pasa su padre, ni si vive, ó si padece, durante los siete años de la abundancia, que emplea en reproducirse y amontonar trigo. Ni jamás hubiera vuelto á ocuparse del anciano patriarca, sin una circunstancia tan inverosímil como los sueños, los años de abundancia, los de escasez y demás sucesos de que no dicen palabra las interpretaciones sapientísimas de los modernos egipciólogos.

\*  
\*  
\*